

# México: una arquitectura milenaria

**A**l sur de esa ciudad de México que presume de ser la más grande del mundo —triste campeonato que le disputan Tokio y Shangai— y en medio de un laberinto de autopistas, centros comerciales y edificios arrogantes y modernos, se encuentra un sitio insólito: un prado muy apacible en el cual se levanta una especie de colina de piedra, formada por planos cilíndricos superpuestos. Se trata de una de las pirámides más viejas del país y cuya edad oscila entre los tres y los cuatro mil años. Su nombre es Cuicuilco y nos puede servir como punto inicial de la historia de la arquitectura en México.

Porque en este país que hasta la conquista no tuvo una historia escrita y formal, todos los comienzos son imprecisos y se funden y disuelven en el mito. El tiempo mexicano era el de los dioses y la eternidad. México se pierde, diría el cliché «en la noche de los tiempos», es decir en el recuerdo de los sueños colectivos. Sólo las ruinas, las esculturas y cerámicas que encuentran los arqueólogos, dan testimonio de los siglos de la historia. Una historia muy larga y muy vacía, muy diferente de la de Europa, densa en pueblos y acontecimientos. Porque este país montañoso y tropical, desértico y templado, que en ciertos rumbos se parece a la selva africana y en otros a las anchuras doradas de Castilla, país bronco y volcánico y, también, escenario solar del Lejano Oeste, se fue poblando lentísimamente, a través de siglos y siglos por tribus que hacían el largo paseo americano: de Alaska a la Tierra de Fuego. Y si algunas se quedaron aquí fue por ese milagro, el maíz, que los tornó de cazadores en agricultores. El maíz, que es la materia de nuestros cuerpos.

Y en torno al campo de maíz aparece el caserío y luego, rudimentarios, se construirán adoratorios que son poco más que toscas elevaciones de piedra y, finalmente, los centros ceremoniales, ámbito preciso de la archi-

itectura. Y desde un principio habrá que hacer notar que a diferencia de Europa donde la arquitectura es arte humana, hecha por igual para hombres y dioses, en México la arquitectura se levanta solamente para culto y gloria de los dioses, aquellas extrañas deidades mexicanas que encarnaban, con barrocas galas, las fuerzas del cosmos: sol, luna, lluvia, maíz, guerra, azar. Las gentes no necesitaban de la arquitectura, vivían en chozas de un solo cuarto, casi sin muebles, armadas con troncos, barro o cañas abiertas a los cuatro vientos y es que los mexicanos eran pavorosamente austeros. Pero, eso sí, para los dioses —como para después para los santos— lo mejor de lo mejor.

Y si las gentes vivían en caseríos a los dioses se les reservaba la ciudad, el centro ceremonial. Mientras que en el Viejo Mundo la ciudad es un organismo vivo y complejo donde se dan todas las funciones humanas, en México el centro ceremonial, esa concepción tan mexicana de la ciudad, es sólo para los dioses, un vasto y geométrico espacio litúrgico trazado con criterios mágicos y astronómicos. Espacio litúrgico organizado por calzadas y plazas, y bordeado por sólidas plataformas de piedra y donde, con absoluta precisión matemática, se trazan y levantan las pirámides. Allí no hay ni casas, ni tiendas, palacetes o mercados como en la bullente Roma, en la sagrada Jerusalén o en aquella Atenas, tan inteligente.

La primera arquitectura mexicana es, por tanto, estrictamente ceremonial y su edificio representativo es la pirámide. Ésta no es, como la egipcia, una tumba real construida con misteriosas matemáticas y a una escala casi cósmica sino, definitivamente, otra cosa. Qué, de seguro, no lo sabemos; lo más probable es que eso que llamamos pirámides en México y que en *strictu senso* no son sino una especie de colinas, de montañas simbólicas sobre las que se colocaban pequeñísimos adoratorios que, de noche, eran atalayas para la sabia contemplación de los cielos.

Y, antes de pasar adelante, habrá que dejar muy claro que los adoratorios aquellos a los que las pirámides servían como peana monumental, no eran «templos» o «iglesias», en el sentido de casas de la comunidad de los creyentes tal como se dan en el judaísmo, en el islam o en la tradición cristiana. El adoratorio mexicano es un espacio exclusivo de los sacerdotes, *sancta sanctorum*, lugar reservado para rituales, algunos terribles como el sacrificio humano. Los fieles se quedaban al aire libre, al pie de la pirámide en aquellas plazas que son, en realidad, atrios, espacios de un nivel sagrado menor. Las consecuencias de todo esto son, para la arquitectura mexicana, definitivas: no se requiere aprender a construir grandes espacios cubiertos con maternales cúpulas o musculares viguerías. La arquitectura mexicana precolombina es de cuartos pequeños, oscuros, rudimentales, y en vano exploraremos los sitios arqueológicos en busca de

unas Termas de Caracalla o de un Panteón de Agripa, cuya cúpula podrá albergar a un mundo. Nuestra arquitectura, por así decirlo, no es hueca sino sólida, una suerte de escultura monumental y geométrica amasada para fines simbólicos. Y digo amasada porque el corazón de esas impresionantes pirámides mexicanas es de humildísimo barro, pastel ritual hecho con capas y capas de adobe que luego se recubre con piedra sin pulir que tiene una textura de gran vigor y dramatismo. Y, muy a la mexicana, la sobriedad estructural sólo admite ciertos acentos decorativos en piedra tallada y pintada con colores también mágicos.

A riesgo de parecer traidor a la patria diré que si bien fuimos excelentes arquitectos (o escultores monumentales) fuimos mediocres ingenieros. Al México antiguo le faltó ese saber ingenieril del Viejo Mundo que se corona en las grandes edificaciones romanas o en los delirios de esbeltez del gótico. A nuestra tecnología le faltó el arco, ese portentoso descubrimiento que permite vencer la pesantez de la piedra, ese arco que al moverse, siguiendo un eje, dibuja una bóveda y si gira sobre sí mismo genera una cúpula; la historia no nos enseñó el arte de la piedra cortada con fines estructurales. Así tuvimos que esperar a que los frailes españoles levantaran sobre México unos muros descomunales y luego les colocasen encima las cubiertas de bóvedas y cúpulas, y se dice que los indios que construyeron aquellas primeras iglesias, vieron con temor y temblor, cómo la magna fábrica no se desplomaba por los suelos. A mí me emociona pensar en ese momento de azoro de los alarifes indios, tan capaces en su oficio, frente al milagro de la arquitectura traída desde otro misterioso mundo.

Pero de cualquier modo la arquitectura precolombina y los centros ceremoniales en que florece son una de las grandes creaciones mexicanas. Las ciudades en ruinas nos subyugan con su belleza aparente aunque no podamos realizar una «lectura» de su esencia y significado. Como El Tajín, esa ciudad de pirámides cubiertas de nichos donde, en los viejos tiempos, se colocaban miles de incensarios que humeaban su aromático copal en honor de la estrella de la mañana, Tajín, sumergido en una selva como de la India. Chichén Itzá, en Yucatán, tierra plana y sin ríos donde la pirámide alcanza una precisión matemática y donde una vez al año, la serpiente solar reptaba por su escalera. Monte Albán, suerte de Tibet mexicano, trepado en el techo del mundo para desde allí atisbar la serenidad y la ciudad más conocida, Teotihuacán que tiene el extraño honor, según los mitos, de ser más antigua que el mundo ya que allí, en Teotihuacán, se reunieron los dioses para crear el universo. Porque a diferencia de Yahvé que todo lo creó con la sola potencia de Su voz, los dioses mexicanos, muy al estilo nacional, tuvieron que sufrir cuatro creaciones fallidas hasta esta quinta en la que vivimos los de esta pobre humanidad y fue Teotihuacán justamente,